

DE COMO SE TERMINA UNA SEQUIA

POR

FERNANDO AINSA AMIGUES

Al poeta Saul Ibargoyen, que me hizo creer en lo cierto de esta historia.

Fue cosa de oírle decir sordamente «esto será grave» el día que murió el primer animal, acostumbrados como estaban a darle la fe que ninguno tenía. De muchas otras veces sucesivas tuvo que hacerse la expresión, para que alguien —el cuarto animal encontrado con sus patas rígidas y el belfo entreabierto— pudiera decir «esto es grave».

La verdad es que sólo El, hasta ese momento, solía mirar el cielo limpio de nubes en general, cruzando rápidamente otras por el tenue amarillento de las menos. Era la tierra reseca el objeto de los afanes de todos, y nadie, más allá de tener perlada la frente al mediodía, pensaba en el azul restallante; como tampoco lo hacían los niños.

Y es que había que sentir lo que era ver el arroyo seco y la ausencia de lombrices en una tierra que dejó de ser húmeda, aun escarbada, tres días antes de que muriera la vaca de Pascual. Fueron todas estas cosas que pasaban cuando todos repetían «esto es grave». Por ese entonces ya nadie creía en la resignación que un día el cura que les habló de Dios les hizo ver cómo uno de los modos más cómodos para seguir plantando boniatos, año a año, sin cuestionar nota alguna.

Por eso, olvidados como estaban de la resignación y sin entender mucho aquello de Dios, fueron a verlo a El, que ya sabía tanto del cielo limpio de nubes como de la muerte de sus animales. Y sospechaban que otro tanto del triste verde de las plantas, del mismo arroyo seco y del propio Dios. Les pudo repetir entonces: «Presté atención al padrecito bueno que bautizó a tantos de nosotros en una semana, y rétuve del cuidado que nos dispensa Dios desde el cielo, en que vive. Desde entonces, puedo decirles, lo entendí todo».

«Además yo recordaba...», añadió, para remontarse a los años bisiestos de su infancia, cuando su abuela le habló de cómo era el cielo donde las estrellas estaban colgando y ardiendo, así como de los pisos sucesivos de unas nubes singulares en que la luna era reina y rey el

sol. «Allí los mueve todos a su antojo el mismo Dios, que juega por ser muchos sus poderes y su capacidad de entretenimiento», completó. Contenido el aliento, batió palmas por aquellos que le prestaban a Dios la debida atención y veían todo tan devotamente ordenado. De este modo debían anticiparse a lo básico de la gracia y dar pasos previos al paraíso, aquél organizado en uno de los siete pisos del firmamento donde vivía Dios. Allí, con quienes habían creído lo suficiente en él y su poder singular.

Sólo entonces calló y volvió nuevamente sus ojos, cargados de nostalgia por un mundo que no conocía, al cielo de donde los había bajado con su particular fijeza: la que le diera la sequía y vieran todos ellos.

Eran diez, pero representaban a todos los Moraes y estaban en silencio. No otorgaban a la palabra mayor mérito que el que dieran por lo poco que tenían y que todos sabían menos cada vez, con lo cual su actitud era más propia del escuchar que del decir. Y en eso estaban, pues.

Las vacas y el viejo toro, muertos ya, habían traído este ánimo de derrota, y El lo sabía. De su actitud recogida, con la barba llena aún de las migas que le dejara el bizcochuelo que comiera la última Nochebuena, pudieron todos sacar un formal parecer: había soluciones a la vista. Y no eran éstas irse, como propusiera un año antes aquel que se fue. Aquel que un día, tomando el rumbo contrario al de la salida del sol, buscó las tierras más populosas y de mejor destino que imaginara, por lo mentadas. No, no como aquél, que las soluciones eran otras.

Todos esperaron de su voz la respuesta, y tras mirar el cielo y una nube esquiva pasando lerda por su curso, les dijo: «Lástima la falta de capital.» Se pudo imaginar entonces su primera solución, auténtico plan. A saber: con una gran red atada a un largo palo se podían atrapar del mismo cielo las nubes, estrujarlas luego sobre los baldes de ordeño o, como imaginó más generoso Romualdo, sacarle su apreciado jugo sobre la misma lagunilla seca del bajo. Nadie entendió tal solución y él debió acudir al ejemplo de aquellas redes—éstas debían ser más grandes, es claro—con las que el hijo de don Tomás Irralde cazara en verano las mariposas y los bichos voladores de cáscara coloreada. Entonces, sí.

Entonces pudo armarse algo titubeante al enhebrarlo en este arranque, mas luego discutido el plan al puro grito: si más valía la pena bajar las nubes cazadas y enjugarlas de su lluvia en tierra o si era preferible colocar caños hasta el umbral de los árboles. De allí, se decía, con guadañas atadas a su boca abierta, se rasgarían con soltura las que pasaran por sus filos y como odres de vino o bolsas de trigo que el azar

de un cuchillo revierte, se derramaría luego su fresco contenido, esperado al pie por todos. Era posible el regadío vertical, con más razón que el horizontal conocido, se decía, que el agua suele resbalar con más facilidad que la prevista. Pero todo estaba perdido de antemano y El lo sabía cuando dijo: «Lástima la falta de capital.» Todos se fueron, pues, en silencio, aunque esperaban sin saberlo que la desesperación de los días siguientes permitiera que todo fuera más claro todavía.

* * *

Habían muerto algunas de las gallinas blancas, y el gallo tenía su cresta mustia y se le veía como perdido, ya sin su clásico despunte del alba y sin retozar imperioso sobre gallina alguna, cuando Antolín—hijo de Vicente y Odila—se puso morado un día. Aquella noche pasaron todos por la puerta de la habitación en penumbra y pudieron oírlo quejarse raramente, los ojos vueltos hacia el techo, poseído todo el niño de un asombro nervioso que no cejaba vaso alguno del enjuague de pastos hervidos por la Ña Catalina, la misma que solía recogerlos cerro arriba las noches de luna llena.

Fueron cosas de verse aquellas noches de desvelo al pie de la cama del niño Antolín, más morado cada día por medio. Lo fueron de tal modo que él no cejó en su original empeño de andarle buscando rajaduras a la bóveda celeste, casi blanca de puro deslumbrada en el día, oscura sin compasión en las noches cortas de aquel verano. Y cuando Antolín murió en el olor de la santidad que da la inocencia, no fue extraño que El dijera: «Pues no tocará otro remedio.»

Todos recordaban aún borroso el hecho de que el cura estuviera tan pocos días con ellos, que el niño tendría en su cabecera de tierra una cruz de palo que Saturnino hiciera de madera dura y tiento de toro. No fue difícil, ni muy llorado. Se hizo la fosa al extremo sur de la tapera de aquel sin fe que un día se fuera de El Paso rumbo a lo que creyó mejores horizontes. Se le llevó a la tardécita siguiente con los zapatos puestos, los ojos aún abiertos, sin la pena de no haberlos podido cerrar más allá del asombro con que se despidieron de lo inédito de su experiencia. Puesto en la fosa, el mismo Saturnino empezó con sus manos a echar secos terrones en su pecho. Luego ayudaron Vicente y otros, en tanto Odila lloraba y preguntaba en voz alta lo que algunos sordamente ya hacían: «¿Por qué?» Sólo El había completado: «¿Por qué, Dios mío?»

Vueltos despacio a las casas juntas del yado, la muerte pudo ser algo más que una excepción que hacía quince años no golpeaba a nadie: era ahora la amenaza cierta de un pájaro volando el sembrado,

y de nada valdrían los escobazos lanzados al tanteo de sus imprevistos giros. Hoy, Antolín; mañana, cualquiera, y ese cualquiera se llamó —a los pocos días— la misma Odila, madre infestada de tristeza y arrebatada por tanta sequía mal encarada. Por eso El dijo, antes de verla igualmente enterrada: «Pues no toca otro remedio.» Y tomó su esperada resolución.

La paz de El Paso se acabó cuando todos lo supieron, y era más el trajín del ir y venir desautorizando rumores que el más usual de los revoltijos en época de cosecha. Sólo en esos días de boniatos a cuestras, pesando bolsas al pie de los carros que venían del pueblo a buscarlas una vez por año, pudieron verse desórdenes de tal orden en El Paso. Sólo discutir precio y beneficio pudo provocar semejante ajeteo, siendo el más revuelto Saturnino, por esa habilidad manifiesta en el arte de la madera y el ingenio que puso al servicio de las alas tan pregonadas por lo necesitadas. Todo giró por entonces acerca de su tamaño y regularidad de movimiento, tanto se habló de ángulo de incidencia del aire como de los vientos más usuales o de aquellos que podían ser más desacertados a su propósito. De las aceitadas bisagras sobre cuyos goznes giraría lo mayor de su cuerpo, copiadas como fueron del diseño que El imaginó raspando tantos recuerdos de esa abuela de los años bisiestos, se tuvo noticia luego. Su propósito ya había hecho carne en todos ellos y no tan sólo en El mismo, como creía.

Las alas podían ser entonces como las del arcángel que detuvo el brazo de Abraham, un cuento que trajo a las mentes de todos para hacer ver que el abandono no debe llevar a la desesperación, aunque era poco lo que ver tenía. También podían ser las técnicamente impecables que la abuela adjudicó a un tal Leonardo, dibujante que en su época se preocupó, tanto como El, por saber qué realmente pasaba en la bóveda celeste y de los modos de llegar a ella.

Cuando ya hacía ochenta días que no llovía en El Paso, del armazón original, sin maginería barroca que frustrara su vuelo, se pasó con singular entusiasmo al cuerpo afelpado de su contenido. Todos pudieron llegar incluso a olvidar la extraña muerte de Odila, a la que habían llevado por simple costumbre junto a su hijo, haciendo que la cabecera de Antolín sirviera para sus despojos. Enterrada con afanes de volver pronto al jolgorio del proyecto que crecía hacia la fecha final del 20 de febrero, día tan arbitrario en lo elegido como desconocido en el almanaque. Sólo Vicente languidecería, traspasado de soledad y cruzando sus dedos ante el proyecto, tan reseco quedó. Ni entibiar con una lágrima salada su regazo podía, aquel mismo que suele necesitar del llorar para doblar, tierno y flexible, lo recóndito que tiene la amargura.